

llas de agua de mar, para analizarla químicamente; en aquel lugar era tan poco salada, que se podía beber, pues no tenía mal sabor. La temperatura era la misma que la del aire: trece grados de Reaumur. La fosforescencia del mar no había sido observada; lo impedía tal vez la luna; pero era sabido que las aguas del mar Caspio, presentaban este fenómeno. (1) Tampoco la especie *fucus* que habían visto en otros mares, la encontraron allí. El agua era muy trasparente.

Otras investigaciones se hicieron en el reino animal del mar Caspio, principalmente en los moluscos, varias clases de peces, entre ellos un huson de doce á catorce piés de longitud.

La opinion de Humboldt respecto del origen de este mar, era la siguiente: que el mar Caspio había sido antes de una extension mucho mas grande, y hace miles de años debió haber estado unido con el mar Negro y el Mediterráneo.

Luego visitó las grandes pesquerías del señor Sapochnikof, vió preparar el caviar de que se cosechan anualmente 150,000 puds. Humboldt sentia mucho el tener que separarse tan pronto de la hermosa Nadeschda; pero ¿qué imágen, aun la mas querida, puede conservar para siempre el hombre? La de Nadeschda desapareció..... como la de Cecilia.

(1) Véase lo que dice Ehrenberg sobre la fosforescencia del mar, en su disertacion leida en la Academia de ciencias de Berlin en 1834, págs. 434 y siguientes.

## CAPITULO XI.

### Luz y sombra.

¡Lejos, muy lejos, nada mas que una inmensa llanura!

¡Y todo silencioso!..... ¡y todo sin movimiento!

Únicamente se movia en la arena una bolita. ¿Es acaso otro prodigio del páramo?..... ¿Qué significa esta bolita que se mueve?..... ¿qué vida hay allí, donde no hay casi ninguna?

Junto á la arena da vuelta el sagrado insecto, *Ateuchus sacer*, moviendo una bola formada de estiércol, dentro de la cual ha puesto sus huevitos. Mucho mas grande que él mismo, le cubre la bolita casi enteramente

y solo observándole mas de cerca, se notan sus esfuerzos para llevarla con sus piés, hasta su nido subterráneo.

Fuera de esto, no se nota vida alguna..... silencio de muerte y arenal hasta donde alcanza la vista.

¡Horrible monotonía del desierto..... vienen los dias, pasan..... tú quedas el mismol

¡Mañana..... medio dia..... noche..... siempre lo mismol

¡Primavera..... verane..... otoño é invierno..... siempre lo mismol

¡Pasan años..... ceñenas de años..... miles..... y siempre lo mismol

¡Horrible monotonía del desierto!

Y sin embargo, hay todavía una monotonía mas horrible, que domina allí..... donde la vida intelectual del hombre..... se ha convertido en un páramo..... en un desierto.

¡Tambien entonces..... mañana..... medio dia..... tarde y noche..... horrible monotonía en el páramo de la vida destruida del alma..... tú quedas lo mismol

¡Tambien allí..... la primavera con sus flores..... el verano con su magnificencia..... el otoño con sus frutos; el invierno con sus tormentos y gritos..... monotonía horrible en el páramo del alma..... tú quedas lo mismol

Tambien entónces pasan dias, semanas, meses, años y decenios de años.... ¡tú quedas lo mismol

¡Tú quedas lo mismo ..... hasta que llega la demencia..... ó la muerte!

En uno de los mayask del páramo estaban sentados otra vez dos soldados rusos con el uniforme de cosacos. *Eran Ivan y Nikitas.*

El páramo era el mismo..... el mismo mayask..... el mismo cielo... la misma posicion militar de los dos... el mismo destierro..... la misma vida..... el mismo dolor en su alma..... la tristeza por estar lejos de su patria y de los suyos..... la misma tiranía destruyendo su juventud..... ¡monotonía horrible en el páramo de la vida aniquilada del alma..... tú te has quedado invariable!.....

¡Quedas invariable hasta que llega la demencia..... ó la muerte!

—¡Ivan! dijo Nikitas en tono sombrío, sin levantar la cabeza; ¡Ivan! ¿cuánto tiempo hace que estuvo aquí el viajero aleman?

—¿El Sr. de Humboldt? preguntó Ivan en el mismo tono.

—Puede ser que así se llame. He olvidado su nombre..... ya no tengo memoria..... La monotonía sin límites de nuestra existencia lo hace desaparecer todo; el espíritu no tiene puntos de apoyo ni excitaciones.....

desierto..... como el páramo, desierto como en el corazón..... así se hace en el cerebro!

Ivan sentía seguramente en su interior la verdad de lo que decía su amigo, por esto se quedó callado por algun rato y despues dijo:

—Hará cuatro meses que estuvo aquí el Sr. de Humboldt.

—¡Cuatro meses! repitió tristemente Nikitas. Y todavía ninguna contestacion de San Petersburgo!

—Es necesario tener paciencia, repuso Ivan, ocultando sus propios temores.

¡Oh sí! dijo Nikitas amargamente; debemos tener paciencia, y creo que se aprende á tenerla en la Siberia. Toda una vida es bastante tiempo para aprender; lástima que despues ya sea inútil.

—Yo tambien encuentro extraño, dijo Ivan, que no haya llegado aún contestacion á la carta que escribió el Sr. de Humboldt al emperador. El noble hombre mostró mucho empeño en librarnos de nuestra triste suerte, y el emperador parece apreciarlo bastante.

—Quien sabe si haya cumplido con su promesa.

—Estoy seguro de ello, contestó Ivan. En su semblante habia una expresion de sinceridad y compasion, que no podia engañar; pero tal vez no habrá llegado la carta á manos del emperador, porque los dos conocemos demasiado á Rusia y S. Petersburgo, de manera que esperamos lo que suceda. El Sr. de Humboldt me pro-

metió firmemente que si su carta no surtia efecto, él mismo hablaria á su vuelta en persona al emperador.

—¿Y ya puede estar allí?

—Lo estará sin duda, porque se fué de aquí á Astracan, para volver de allí directamente á Moskowa, pasando por Woronech y Tula.

Los dos guardaron silencio, y al fin dijo Nikitas:

—Somos unos necios. Muy bien puede ser que el emperador aprecie á Humboldt; pero por eso ¿olvidará su odio contra nosotros? ¿cambiará su sistema de gobierno? Y ademas, Humboldt es mortal: muy bien puede haberse enfermado en un viage tan largo: puede acaso haber muerto.....

—Confieso, dijo Ivan con un profundo suspiro, que desde ayer tampoco yo tengo mucha esperanza, porque Humboldt debe haber llegado á San Petersburgo, y si su empeño hubiera surtido efecto, ya debiamos saberlo aquí. Ayer mismo recibió el capitan nuevos despachos, y nada contienen de nosotros.

—¿Como lo sabes?

—Porque yo mismo los copié, pues el capitan, que mal sabe leer y escribir, me juzga demasiado bueno solamente para esto, despreciándome en lo demas.

—Pues bien, exclamó Nikitas, entonces sabemos á qué atenernos.

Resultó otra pausa. Nikitas, con su semblante páli-

do y apesadumbrado, inclinó la cabeza hácia el pecho, fijando su vista tristemente en el suelo. También Ivan se habia puesto mas pálido en los últimos dias; pero no se hallaba tan abatido como Nikitas, porque todavía lo sostenia su amor á Annuchka; aunque la ilusion, casi perdida, que habia tenido desde su encuentro con Humboldt, era para él un golpe que amenazaba aniquilar su existencia.

Ambos amigos quedaron sentados en el mayor abatimiento.

Y al derredor de ellos, silencio á muerte..... y la soledad del desierto. Repentinamente y con ímpetu se levantó Ivan, exclamando:

—¡Cielo é inferno! ya hemos vuelto otra vez á dejarnos dominar de tristes reflexiones! ¡Nikitas! es preciso que nos reanimes, porque de lo contrario.....

—¡Oh, sí! dijo Nikitas, y sus miradas buscaban el esqueleto de un camello que estaba tirado al pié de un mayask. Esperemos, pues..... pero con nuestra esperanza sucede como con un hombre que comete la locura de sembrar en este páramo todas las mas esquisitas semillas, y espera que fructifiquen.

—Y sin embargo, no pierdo toda esperanza, exclamó Ivan. Todavía siento fuerza juvenil en mi interior, y la emplearé. Haz tú lo mismo, Nikitas.

Este levantó lentamente sus ojos, dirigiendo á Ivan una mirada que contenia todo un poema de profundo dolor del alma; las lágrimas brotaron de sus ojos cuando dijo á su amigo:

—¿Has olvidado que Nikitas vino á este desierto de edad de catorce años?

Ivan hirió el suelo con ímpetu; su fuerza juvenil se oponia á la suerte, como una mariposa á la aguja que le traspasa el cuerpo, y dijo:

—Jugaré pues el todo por el todo. Hasta hoy he esperado el éxito de la recomendacion del Sr. de Humboldt, para en caso de obtener nuestra libertad, robarme primero á Annuchka y volver contigo y mi esposa á los brazos de mi amada madre..... Esta esperanza se ha desvanecido..... pues bien..... voy ahora con los kirguizios para ver si con la suma que el noble hombre me ha traído de mi madre, y que he dado á Annuchka para que la guarde, puedo comprarme un asilo entre ellos. El padre de Annuchka es el kan de la horda..... me profesa cariño..... Mejor la libertad entre salvajes, que perecer aquí en la esclavitud del cuerpo y del alma, entre bárbaros. ¿Estas conforme, é iras conmigo?

—¡Sí! contestó Nikitas tristemente; si no he muerto antes.

Ivan guardó silencio, pues estaba acostumbrado á los pensamientos melancólicos de su amigo.

En pocos momentos habia bajado del baluarte, montó en su caballo y se fué al galope.

Nikitas le siguió tristemente con la vista, quedandose silencioso é inmóvil sobre el peldaño superior de la escalera.

Era de noche; el cielo estaba sereno, y las estrellas brillaban con todo su esplendor.

En las yurtas de la aldea de los kirguizios dormían sus habitantes, y en sus inmediaciones los ganados.

Y sin embargo, no todos estaban dormidos. Ivan, envuelto en una piel de oveja, se hallaba despierto y acostado en una alfombra de fieltro en el interior de una yurta que era la destinada para los forasteros, y que el kan le había dado para esa noche.

En el curso del día había tratado en secreto con el kan, y éste prometió para él y su amigo Nikitas, un asilo en su horda, mediante la entrega de una parte del dinero que le había enviado su madre. Así mismo le había prometido darle á Annuchka por esposa, con tal de que la obtuviera en competencia con otros tres pretendientes, conforme á la costumbre del país.

Ivan esperaba á Annuchka, porque ésta se sentía bastante firme para conservar las costumbres sagradas, y estaba convencida de que Ivan la amaba y de que no exigiría de ella cosa alguna que fuera contraria á las costumbres de los kirguizios. Hacia dos meses que ella no le había visto, y era necesario saber lo que había convenido con su padre.

Pero una jóven kirguizia que tiene honor, no habla en el día con ningun hombre; así lo requiere la costumbre; por eso la estaba esperando Ivan durante la noche, y no en vano. Oía pasos y veía levantar el fieltro bordado de

la entrada de la yurta, introduciéndose en seguida una figura blanca; era Annuchka cubierta de pieles.

Entonces dos seres humanos se dieron la bienvenida. Despues de haber pasado el primer ímpetu de gozo al volverse á ver, se sentó Annuchka al lado de Ivan, y éste la refirió lo que había convenido con su padre. Como era natural, la alegría de Annuchka no conoció límites al saber que se había resuelto al fin á huir de los rusos y establecerse entre los kirguizios. Mas la buena jóven no sospechaba siquiera, cuanto se amalgamaban en Ivan el dolor y la felicidad, es decir: la pérdida de su madre y de la patria con la adquisicion de una bella criatura humana; el sentimiento penoso de volver la espalda al mundo civilizado, para gozar de la libertad en un pueblo semi-salvaje.

Solo una idea moderaba lo amargo de estos pensamientos: su noble designio, una vez establecido entre los kirguizios, de emplear todas sus fuerzas, su saber, su influencia y su propio ejemplo, en introducir las costumbres civilizadoras en la horda que lo había admitido. En efecto, de este modo esperaba contraer grandes méritos, considerándolo bajo el punto de vista en favor de la humanidad, pudiendo dedicar su vida á un objeto digno, y aun había la posibilidad de hacer un gran servicio á la Rusia, disponiendo á los kirguizios á anexarse al imperio, y de este modo conseguiría acaso el permiso de volver á su patria.

Cuando despues Ivan preguntó á Annuchka si lo hu-

biera seguido con gusto á su patria, le contestó la jóven kirguizia, con toda la sinceridad de una hija de la naturaleza:

—Annuchka no habria tenido gusto en separarse de sus padres, patria y amigos para ir con Ivan al imperio del czar; pero siempre habria seguido á su amado, porque solamente él ha de echar las trenzas sobre la espalda de Annuchka, (1) pues la muger debe seguir al hombre á donde él lleve su camello y ponga su tienda.

Una mirada llena de amor y gratitud, por parte de Ivan, recompensó á Annuchka de esta manifestacion de constancia y fidelidad.

—¿Y cuándo vendrá á unirse para siempre Ivan con su Annuchka? preguntó la jóven.

—Mañana, ó nunca, contestó Ivan. Antes que el sol vuelva á su ocaso, serán Ivan y su amigo Nikitas miembros de tu pueblo.

—¡Loado sea el profeta! contestó con júbilo la kirguizia, abrazando con efusion á su amado.

—¿Serás mi esposa? preguntó el jóven.

—¿No ha consentido acaso mi padre?

—Sí por cierto; pero hay otros tres pretendientes.

—El corazon de Annuchka pertenece solo á Ivan.

—¡Amada mia! dijo el jóven, dirigiéndola una mirada de gratitud; ¿pero te librarás de sus pretensiones?

(1) Es decir, tomarla por esposa.

Annuchka contestó sonriendo:

—¿No conoce Ivan la velocidad del viento?

—La conoce.

—¡Pues bien! exclamó la hermosa jóven con aire triunfante. Annuchka sabe correr á caballo tan velozmente como el huracan del desierto: ¿me podrá alcanzar un pretendiente odiado?

—¿Pero lo podré yo?

—¡Oh, amado mio! ¿no podrá detener Annuchka su caballo? pues cuanto mas horrible le seria ser alcanzada por los otros pretendientes, tanto mas dulce le será verlo por su amado Ivan.

De este modo pasaron las horas sin sentir los dos amantes..... pasó al fin la noche..... entónces se deslizó Annuchka de los brazos de su amante..... y poniendo con orgullo sus hermosas trenzas sobre los hombros para adelante, se envolvió en sus pieles..... y desapareció como habia venido.

Poco despues iba Ivan á toda carrera, con la alegría en el corazon, rumbo al mayask, para atraer al fiel amigo, con el objeto de acabar de una vez sus penas y padecimientos. ¡Cuánto se prometia de su influencia benéfica una vez libre entre los kirguizios..... viendo en lontananza la vuelta á su patria, á los brazos de su querida madre!

Como una flecha voló en su caballo, pero aquella furiosa carrera le parecia todavía muy lenta, aunque conoció la grande distancia que tenia que recorrer.

Habían salido los primeros rayos del sol. Nikitas estaba sentado en el barandal del baluarte, dirigiendo su vista hácia donde debia volver Ivan. Pero nada divisaba aún; su interior estaba tan desierto como el páramo.

Repentinamente observó un punto negro en el horizonte. ¿Qué es lo que se mueve allí? Ya sale detrás de colinas de arena, ya vuelve á desaparecer.

Nikitas lo vió..... pero aun no podia distinguir claramente lo que era, hasta que al fin, con toda la luz del dia lo consiguió. Entonces vió con horror que eran cosacos y un oficial..... El mismo capitán..... su enemigo y el de Ivan.

Y éste todavía no habia vuelto, ¡Ivan desertor!..... ¡Nikitas su cómplice!..... y para el primero..... ¡la muerte d látigazos.

Nikitas se quedó estupefacto. ¿Qué le importaba á él la muerte? la vida ya no tenia valor para él..... Pero el amigo..... el amigo..... ¡si pudiera darle una señal!

Y sin embargo..... también para él..... la muerte era un beneficio..... pero él *knute* (látigo)..... lo deshonroso del látigo.....

Ya se acercan..... entonces..... le ocurre una idea á Nikitas.

Se puso en pié con energía.  
—¡Muerte, seas bien venida! tú eres mi salvador.....

pero una muerte honrosa..... no á látigazos y..... al amigo una señal de advertencia.

Así habla Nikitas..... en su cintura tiene dos pistolas..... las saca..... suena un tiro en el aire..... léjos..... muy léjos..... en el páramo.

—¡Sálvate, Ivan! exclama por último Nikitas..... sálvate al puerto de la libertad, amigo mio..... Tu Nikitas te precede.

Un segundo tiro..... y Nikitas cae exánime desde lo alto del mayask al suelo..... ¡la bala le habia traspasado el corazón!

CAPITULO XX

Una señal de muerte

—¡Vuela, vuela, caballo, caballo, exclamaba Ivan corriendo á todo escape por el páramo, en cuanto lo permitían la arena; llevaba al amigo la libertad y la vida, el jéhu y la esperanza..... ¡Corre, corre!..... antes que la pesadumbre despegase en corazón.....

Y era de dia cuando divisó á lo lejos el mayask. Y en vista volvió á exclamar:

—¡Victoria! ¡Mí me está esperando Nikitas con ansias!..... ¡Pronto se habrán acabado los tormentos!..... te traigo la libertad deseada..... dentro de una hora estarémos libres.